

deseamos hacer mención de ellos pues en este punto entra, casi como ingrediente fundamental y en dosis muy elevada, el enfoque, la vinculación sentimental o ideológica e, incluso, los gustos y aficiones particulares que se tenga sobre el relato de historia estudiado. No obstante, desde un mirador lo más objetivo que nos es dable, tal vez se eche de menos una cala profunda en el fenómeno regalista del XVIII, como el P. Aldea, por ejemplo, realizó con el del XVII o el Prof. de la Hera hizo también recientemente en relación con el mismo borbónico. Estudios generales en los que se trazan acertadas panorámicas del tema como los de Rodríguez Casado o Domínguez Ortiz, o la correspondencia del P. Ravago con Portocarrero editada por Pérez Bustamante, no son tampoco mencionados.

Quizá con exagerado optimismo, el P. Sierra considera suficientemente estudiados los temas de la religiosidad setecentista y de las corrientes ideológicas que influyeron sobre el clero de la época, siendo así que (a pesar de los excelentes, pero escasos trabajos para la honda importancia y complejidad de la materia) se puede y conviene llegar todavía en este punto a conclusiones más esclarecedoras y definitivas, y también menos apasionadas. Acaso se piense —sobre todo por quién no haya leído el libro— que tales investigaciones o referencias harían discurrir a la obra comentada por cauces digresivos y apartados del propósito inicial de su autor. Sin embargo, si se repara en que el único defecto de verdadera entidad es el tono frecuentemente marginal y apartado de sus metas que adopta el libro, sobre todo en su segunda parte, aquella idea no llegue a tomar cuerpo. Puestos a elegir entre digresiones, nos parece indudable que las apuntadas son de mayor entidad y significación que algunas de la obra que reseñamos. Obra que hasta el momento constituye la mayor aportación existente sobre la historia religiosa durante la época de Carlos IV.

Quisiéramos aludir, por último, a uno de los puntos mejor estudiados por el autor: la participación española en los momentos finales de Pío VI, que salvó a la Cristiandad de un cisma que parecía inevitable. Sin caer en un anacrónico y desfasado nacionalismo —la más grave falta que puede cometer el aprendiz de historiador, según solía decir Lucien Fabre— constitu-

ye ésta una de las páginas de más auténtica grandeza —fuese cual fuese el temple moral de sus protagonistas— de nuestra Historia. Pues fue, en el plano de la acción temporal, por obra de la diplomacia española, por lo que no llegó a cumplirse la profecía lanzada por el alcalde de Valence, tras haber comprobado el fallecimiento «del llamado Juan Angel Braschi, que ejercía la profesión de pontífice», de que Pío VI sería el último de los Papas.

JOSÉ MANUEL CUENCA

FRANCESCO ONIDA, *Giurisdizione dello Stato e rapporti con la Chiesa*, 1 vol. de 286 págs., Giuffrè Editore, Milano, 1964.

Dentro de una línea metodológica de gran rigor positivo, se mueve el prof. Francesco Onida en esta publicación del Instituto de Derecho eclesiástico y canónico de la Facultad de Jurisprudencia de Florencia.

El autor pone de relieve, en la introducción de su estudio, la discusión que viene planteándose entre la doctrina italiana acerca del valor de la norma concordada y sus posibles funciones con las normas constitucionales, destacando como algunos juristas italianos han llegado a hablar de inconstitucionalidad de dicha norma. Sin embargo el objeto de su trabajo no es entrar en este problema, en cuya solución se acoge desde el principio a la postura dominante italiana que «...esclude che le norme concordatarie possano essere assoggettate a giudizio di legittimità costituzionale», sino más bien «...vedere se la Costituzione non eserciti qualche influenza sulla Legislazione concordataria attraverso l'ordinaria efficacia interpretativa».

A su vez, dentro de esta amplia problemática, cuya solución exigiría tocar temas muy diversos, se centra el autor en la muy concreta del valor de la jurisdicción eclesiástica en el ordenamiento italiano, y de los límites de la competencia del juez al censurar la actividad de la Iglesia. Problemas ambos que trata partiendo de un principio básico: el de la distinción de soberanías entre la Iglesia y el Estado según el art. 7.º de la Constitución Italiana.

El desarrollo posterior del tema se encauza a través del estudio a fondo de las cuatro cuestiones siguientes: 1) el estado

BIBLIOGRAFIA

de la doctrina acerca del reconocimiento de la jurisdicción eclesiástica en el ordenamiento italiano y de los límites estatales a la libertad de la Iglesia; 2) la distinción de los órdenes jurídicos civil-canónico como principio fundamental de Derecho eclesiástico; 3) la conexión jurisdiccional entre la Iglesia y el Estado en materia matrimonial; 4) la censura del juez italiano sobre los actos de la autoridad eclesiástica.

El primer capítulo supone un análisis y crítica de las posturas de Del Giudice, Falco, Jemolo, Giacchi, Petroncelli y Magni sobre el reconocimiento a la Iglesia de una verdadera potestad jurisdiccional ante el Derecho italiano. La posición del prof. Onida frente al problema es partir, para su solución, no del Derecho Canónico, sino del ordenamiento italiano, y, a su vez, no de un enjuiciamiento en bloque del reconocimiento de la jurisdicción eclesiástica por el Derecho italiano, sino que «Sarà —son sus palabras— giudicando positivamente del valore civile delle singole sentenze ecclesiastiche che potrà individuarsi la loro natura per il diritto italiano, e quindi decidere se resulti o meno esercitata dai tribunali ecclesiastici una potestà giurisdizionale nell'ordinamento civile...»

El segundo capítulo constituye un análisis del art. 7 de la Constitución italiana. En él aborda problemas de indudable interés, dejándose llevar, sin embargo, en las soluciones, de algo que durante toda su obra parece desprenderse: un cierto recelo ante la actuación de la Iglesia en el campo del ordenamiento estatal, postura, por lo demás, común a la gran mayoría de los eclesiasticistas italianos.

El capítulo tercero supone un estudio profundo de la jurisdicción matrimonial eclesiástica y su reconocimiento por el Derecho italiano, a la luz de los efectos civiles del matrimonio canónico. Por fin, en el último capítulo de la obra, matiza, junto a un estudio general de la competencia del juez italiano sobre los actos de la autoridad eclesiástica, unas conclusiones casuísticas acerca de materias concretas como son: el matrimonio civil y el concubinato, el matrimonio canónico y el adulterio, el bonum proles y las prácticas abortivas, la propaganda atea y la libertad de pensamiento, etc., etc.

La obra en su conjunto tiene un acierto indiscutible: su rigor científico y su

agilidad metodológica. En las conclusiones el autor se inclina normalmente hacia una defensa de la jurisdicción secular cuando entra en temas dudosos en colisión con la eclesiástica.

RAFAEL NAVARRO VALLS

CHRISTIANNE MARCILHACY, *La diocèse d'Orléans au milieu du XIX siècle*, vol. 5 de la colección «Histoire et sociologie de l'Eglise» dirigida por G. Le Bras y J. Gaudemet, XV + 501 págs., Sirey, Paris, 1964.

La mitad del siglo XIX no es una fecha caprichosamente escogida por la señora Marcilhacy para estudiar la sociología religiosa de la diócesis de Orleans. Los años en torno al 1850 tuvieron una particular significación para la historia de Francia y de toda Europa. La Revolución de 1848 está todavía muy reciente y en la memoria de todos se conserva vivo el recuerdo, no sólo de las jornadas que pusieron fin a la Monarquía burguesa de Luis Felipe, sino también de aquellas otras de pocos meses más tarde, de signo socialista y proletario, que anuncian la irrupción en la arena de la vida pública de unas fuerzas nuevas y amenazadoras. Estas jornadas dejaron profunda huella en la mentalidad de la alta burguesía anticlerical y volteriana y le hicieron volver los ojos hacia la Iglesia, aunque no fuera más que en calidad de poderoso factor de conservación del orden social. «Le Parti de l'ordre», surgido al conjuero de estas circunstancias, agrupará fuerzas de muy diversa procedencia y preparará el camino al Príncipe-Presidente de la II República para la instauración del II Imperio.

Pero para la diócesis de Orleans, la segunda mitad del siglo XIX cobra todavía mayor relieve por coincidir con el comienzo del pontificado de Monseñor Dupanloup, una de las figuras señeras del episcopado francés de la época. El nuevo obispo, apenas tomada posesión de la diócesis, realizó una minuciosa encuesta acerca del estado de la misma, por medio de un extenso formulario enviado a cada uno de los párrocos del territorio, en el que se pedía una completa información sobre la situación religiosa de sus respectivas parroquias. Los resultados de la encuesta Dupanloup de 1850 se conden-